

Leer, escribir: para qué

Trascendencia de la lectoescritura
en la universidad



José Fernando Iriarte Montañez

Programa de Estudios Generales
Universidad de Lima

doi: <https://doi.org/10.26439/piedepagina2023.n009.6458>

En cierto sentido, los avances de la neurociencia computacional y de la robótica recuerdan a los de una lenta colonización. A medida que los científicos mejoran la comprensión del funcionamiento del cerebro humano y las máquinas son capaces de imitar sus funciones, la opinión pública reacciona con una mezcla de asombro y temor: las máquinas poco a poco parecen acercarse a lo que durante siglos hemos considerado un territorio exclusivamente nuestro. Hasta hace no mucho tiempo, la sensación compartida frente a dichos avances era la de un relativo alivio. Por más progresos que mostraran las ciencias, aún se encontraban muy lejos de tomar la capital. Ver a un grupo de complejos –y muy costosos– robots

enfascados en un partido de fútbol de la RoboCup sigue siendo bastante aburrido y un motivo de condescendientes sonrisas antes que de admiración. La robótica ha llevado a cabo progresos notables, no cabe la menor duda. Tras cada uno de ellos, sin embargo, la vida continúa por cauces más o menos habituales.

Ese era el escenario hasta la llegada de bots como el ChatGPT, con el que la inteligencia artificial parece haber conquistado, por fin, uno de los rasgos distintivos de los seres humanos: el lenguaje.

La consistencia superficial, el orden y la claridad de las respuestas que proporciona verbalmente la inteligencia artificial, así como la posibilidad de producir

libros con su asistencia, constituyen un salto cualitativo en el desarrollo de los robots, progreso que, con razón, ha deslumbrado y consternado a muchos. Entre esos muchos se encuentran quienes empiezan a ver como obsoletas las asignaciones académicas que el chat puede hacer de manera más rápida y eficaz que un estudiante universitario promedio. La pregunta que me interesa plantear es si realmente lo son, si el hecho de que una máquina lleve a cabo una buena imitación de una acción humana, en general, y de tareas académicas, en particular, vuelve a estas insignificantes y prescindibles para la academia. Específicamente, pienso en dos acciones: leer y escribir.

Una primera respuesta a dichas interrogantes es negativa por razones evidentes. Hace mucho que las máquinas tejen, caminan, levantan peso y juegan ajedrez, y no por eso hemos dejado de tejer, caminar, levantar peso o jugar ajedrez. ¿Por qué debería ser una amenaza para las actividades de leer y escribir el hecho de que ahora los robots sepan hacerlo?

El problema de esa respuesta reside en que no considera el contexto sociocultural en el que irrumpen las más recientes novedades de la IA: uno que valora casi exclusivamente los resultados o, como se dice actualmente, los productos. Si la educación está centrada en la generación de productos y una máquina puede producir lo mismo que el estudiante, está claro que la única competencia que es necesario aprender para alcanzar el éxito académico en el futuro es la de darle indicaciones a un robot. Indicarle a una máquina que escriba un texto o que filme una película y escribir ese texto o filmar esa película son operaciones equivalentes si lo que interesa es principalmente el resultado, es decir, la aplicación de un conocimiento específico y no la creación de una comunidad de conocedores.

Así pues, solo en una sociedad enneguecida por la necesidad de una producción vertiginosa, las máquinas podrían volver obsoletas las operaciones de leer y escribir en la universidad tal y como se practican hasta ahora. Lo más lamentable de una realidad así es que, hasta cierto punto, desde hace años se están dando pasos en esa dirección. Aprender el resumen de una obra literaria es equivalente a leerla completa si por ambos caminos se obtiene la misma nota en un examen (aun cuando la experiencia literaria es irremplazable desde la

primera hasta la última palabra de un texto que existe para ser enfrentado, no para ser resumido). Pedirle a un escritor fantasma que redacte una tesis que luego el estudiante firmará es lo mismo que el paciente acto de escribirla si al fin y al cabo se recibirá un título por ambas vías. De hecho, recibir un título después de cinco años de estudio a conciencia es lo mismo que recibirlo después de haber sido un estudiante mediocre (y con una tesis comprada) si, al fin y al cabo, los dos pueden conseguir un trabajo bien remunerado o el prestigio social asociado con el título.

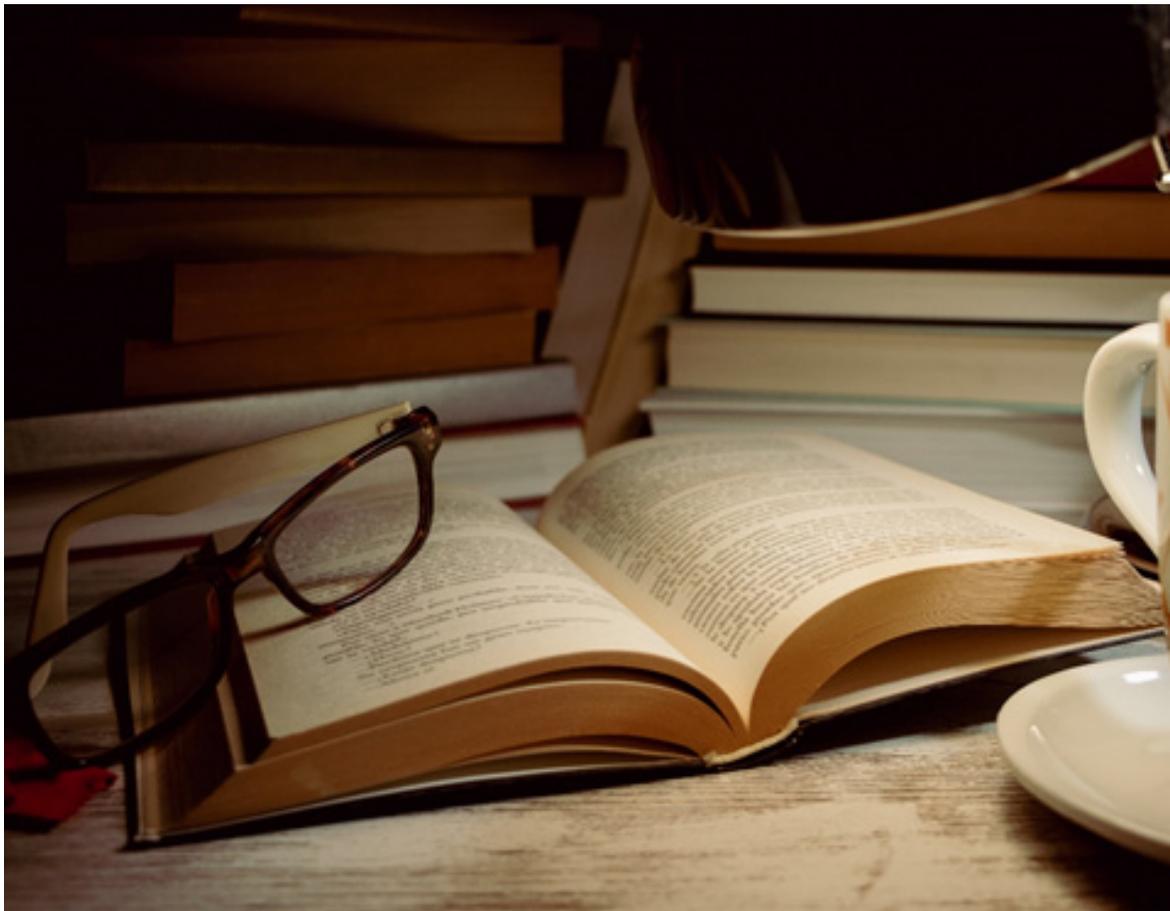
La amenaza de la IA, por lo tanto, es más humana que artificial. En la cultura del atajo, las máquinas son nuestras reemplazantes perfectas. Si leer produce pereza y el tiempo apremia –en la actualidad, el tiempo siempre apremia–, que la máquina produzca el resumen. ¿Escribir también es un problema? La solución es sencilla: la IA puede hacerlo por uno. Al cabo del proceso se esperan los mismos resultados, el mismo reconocimiento, porque este depende de los productos, no de las personas. Peor: muchas veces el éxito ni siquiera depende de la calidad de los productos, sino de su cantidad, de haber hecho más en menos tiempo. A más se produce, mejor, aunque sean productos que a nadie le importen ni contribuyan en lo más mínimo al avance del conocimiento.

Frente a la diaria aparición de noticias sobre los avances de la IA, entonces, la tarea no pasa solo por aprender a obtener el mayor provecho posible de las cada vez más poderosas máquinas, sino en concentrarnos en la naturaleza de la vida universitaria y la manera como se relaciona con el conocimiento. Correspondientemente, es necesario observar en qué medida el perfil de las universidades –que precisamente fueron creadas para preservar el saber y para crear las condiciones de su renovación– y el de quienes anhelan formar parte de ellas es consistente con la consolidación de una comunidad de conocedores. En tanto que asociaciones de estudiantes y maestros, el origen y el devenir de las universidades es indisoluble de la vida del intelecto. *Universitario* e *intelectual* son palabras que el tiempo, lamentablemente, ha divorciado de tal manera que ahora la primera de ellas, acaso para la mayoría, significa casi exclusivamente futuro ingeniero, abogado, odontólogo, etcétera.

En primer lugar, no se puede perder de vista que el conocimiento humano es indesligable de nuestro lenguaje, pero no por su capacidad

de organizar signos, que es lo que hace la IA. El ChatGPT, a pesar de su complejidad, sigue ajustándose a las condiciones del experimento mental de la habitación china propuesto por John Searle (1980) en la década de los ochenta del siglo pasado. Los enunciados de la IA son el producto de una manipulación eficaz de símbolos, cuando el lenguaje humano es mucho más que un juego automatizado de equivalencias. Cuando leemos y cuando escribimos, sobre todo si lo hacemos en un contexto universitario y con fines académicos, convocamos a una tradición compuesta de muchas otras voces y la actualizamos desde coordenadas tan contingentes como necesarias: nuestra subjetividad. La polifonía es inherente al discurso, incluso dentro del más cerrado monólogo, pero lo es siempre que las voces del pasado entren en contacto con las del presente. Leer a conciencia es ingresar a un tejido de voces específicas y a los campos relacionales correspondientes que “constituyen entornos de la significación, horizontes significantes” (Marsciani et al., 2022, p. 21).

Este es un segundo punto medular, estrechamente ligado con el anterior: el lenguaje (el saber) de la IA nunca está situado ni está orientado por un deseo. Los bots pretenden alcanzar el simulacro de una omnipotente objetividad, lo que puede ser muy útil para la recolección de datos, pero no para la generación de conocimientos nuevos. El lenguaje (el saber) humano siempre está circunscrito y atravesado por un deseo, que es tanto individual como social. Los dispositivos socioculturales a través de los cuales se forma el sujeto en la sociedad –el *a priori* histórico teorizado por Michel Foucault (2009)– delimitan toda aventura intelectual y, al mismo tiempo, son el soporte que permite trascenderlos. En ese sentido, en la medida que las máquinas carecen de una biografía, su lenguaje solo puede comunicar información elaborada previamente por los seres humanos durante la agonía que implica enfrentar un mundo siempre desconocido. En ese contexto, la única función de las máquinas es la de reciclar. No es extraño, por lo tanto, que la IA pueda producir manuales correctos y hasta útiles,



La lectura ha tenido y tendrá un rol central en la formación universitaria.

un género editorial que nunca ha dependido de autores. Las posibilidades de que escriba un libro clave para el desarrollo de la historia de las ideas parecen, por el momento, nulas.

Si consideramos esas especificidades, para un estudiante universitario leer es entrar en contacto con una comunidad de conocedores (una larga cadena que en no pocas ocasiones se remonta hasta la Grecia clásica), con la finalidad de aspirar a ser parte de ella e intervenir en sus debates más urgentes. Escribir es articular una subjetividad desde que seleccionamos unas palabras en lugar de otras, desde que creamos sistemas donde otros buscarán disrupciones y, principalmente, desde que generamos vacíos fértiles, porque el conocimiento nunca está completo, ni siquiera en una comunidad. Francesco Marsciani et al. (2022) propone llamar a dicha subjetividad “intersubjetividad constituyente”, en tanto que se trata de una subjetividad que “participa en un horizonte cultural de sentido, con el cual continuamente se compara” (p. 27). Por eso, conocer es interactuar –antagonizar– con un acervo y contra él, no reciclarlo acríticamente. Esa interacción es siempre apasionada, en el sentido de que es indelible del amor por el saber; y uno ama tal y como es, no desde un pretendido lugar desencarnado del mundo. El amor al saber, por cierto, es uno de los cinco valores medulares de la Universidad de Lima.

Las máquinas están aún muy lejos de toda esa trama dialógica, pero podríamos perder de vista esa condición no tanto por la velocidad en que las máquinas evolucionan, sino por empecinarnos en retroceder por el camino de la maquinización. Por conformarnos con ver el espectáculo de la productividad sin detenernos a pensar acerca de sus condiciones. Ese riesgo ha sido advertido hace décadas. En *La condición humana*, Hannah Arendt (1993) señala que

si sucediera que conocimiento (en el moderno sentido de *know-how*) y pensamiento se separasen definitivamente, nos convertiríamos en impotentes esclavos no tanto de nuestras máquinas como de nuestros *know-hows*, irreflexivas criaturas a merced de cualquier artefacto técnicamente posible, por muy mortífero que fuera. (p. 16)

Las universidades no deben interrumpir el diálogo del conocimiento despojando a los estudiantes de la capacidad para reconocerse – mediante la lectura y la escritura– como ciudadanos del presente, para tomar la palabra guiados

por valores íntimos y comunitarios, y para interactuar arriesgadamente con las mejores mentes de nuestra historia.

Los atajos que se quieren plantear mediante textos maquinales y descoloridos evitan el contacto directo con los autores clásicos y rompen una cadena de conversaciones y debates que sostiene el presente. Según la maliciosa expresión popular, un autor es clásico cuando todos lo citan, pero nadie lo lee. Si la presencia de la IA aumentará la distancia que hoy nos aleja de esa enorme comunidad de conocedores que llamamos autores clásicos, los perjuicios causados por los robots resultarán mucho mayores que sus beneficios. Y si además renunciamos a sopesar palabras y estructurar oraciones por nuestra cuenta para retar a nuestra capacidad intelectual, resumiéndonos en un sospechoso silencio, la degradación será inevitable. Dejar que sistemas automatizados citen a los autores indispensables de siempre y que, por eso, ya nadie los lea, sería fosilizarlos y perdernos en un presente insignificante e indispuerto para las novedades del pensamiento.

REFERENCIAS

- Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Paidós.
<https://ezequielsingman.files.wordpress.com/2020/09/la-condicion-humana-hannah-arendt.pdf>
- Foucault, M. (2009). *Una lectura de Kant. Introducción a la antropología en sentido pragmático*. Siglo XXI. http://www.medicinayarte.com/img/foucault_una_lectura_kant.pdf
- Marsciani, F., Fontanille, J., Cuevas Calderón, E. A., & Lévano Paulo, F. (2022). *Trazados de etnosemiótica*. Universidad de Lima, Fondo Editorial. <https://ulima.summon.serialssolutions.com/#!/search?ho=t&include.ft.matches=f&l=es-ES&q=trazados>
- Searle, J. R. (1980). *Mentes, cerebros y programas*. Cambridge. University Press.
- Universidad de Lima. (s.f.). *Misión, visión y valores*. Recuperado el 19 de abril del 2023, de <https://www.ulima.edu.pe/acerca-de/mision-vision-y-valores>